

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: La relación más íntima – Le puede decir “tú” a Dios
(13 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



La relación más íntima – Le puede decir “tú” a Dios (13 días)

Día 1

1.Co. 1:9

“Podemos tener una relación muy personal con Dios”, una declaración que llama la atención. Hay muchas relaciones impersonales: quizás se conozca el nombre de la otra persona, quizás un saludo de un lado de la calle al otro, quizás se intercambian dos o tres palabras, pero no más. Por otro lado, una relación personal es muy distinta. Ésta es la que Dios desea tener con los hombres. Él arregló las condiciones para que el abismo entre el Dios santo y el hombre pecador pueda ser vencido. Por el Hijo de Dios, Jesucristo, hecho hombre, Dios se acercó a nosotros. Por eso la relación personal con Él es posible. En los próximos días consideraremos cuatro características de una relación personal:

1. *En una relación personal puedo tratar al otro de “tú”.* Un pequeño librito acerca de la oración lleva el título: “Se puede tratar a Dios de “tú”. “Diariamente nos encontramos con muchas personas, por ejemplo en la calle, muy apuradas. Uno pasa al lado de otro, quizás con un saludo superficial. ¿De cuántas personas nos acordaremos en la noche? Seguramente de muy pocas. ¿Por qué es así? No existió un verdadero encuentro. Para un encuentro real debe haber una conversación del uno con el otro” (H. Krimmer). En nuestro tiempo llama la atención, cuán fácilmente se trata a la gente con “tú”, sin tener una relación personal. El “tú” parece de confianza, pero no es una señal de una relación confidencial.

Es tremendamente admirable lo que vemos en la Palabra de Dios, que el Señor de señores, el Rey de reyes y el Creador de todo el universo, que también nos creó a nosotros, quiera tratarnos con “tú”. En Jesucristo, Dios se acercó a nosotros. El que le pertenece a Él, puede vivir con Dios. ¿Nos trae alegría? (Lea Gn. 1:27; Ro. 8:14.15; Gá. 4:4-7.)

Día 2

Jn. 1:12; Mt. 12:46-50

Los hijos de Dios en todo el mundo pertenecen a la familia de Dios. Pablo le escribió a los creyentes en Galacia: “Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús.” “Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo” (Gá.3:26; 4:7). ¡Tan unidos estamos con nuestro Señor! En la carta a los Efesios dice algo parecido: “Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios” (Ef. 2:19).

El apóstol Juan le dice a los lectores de su carta: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1.Jn. 3:1). El que cree en el Señor Jesucristo y se abre a Su amor, es hijo de Dios. “Somos llamados hijos de Dios.” Realmente lo somos. Esta declaración nos ayuda a disipar las dudas. ¡Podemos vivir muy unidos con el Señor! Desde la caída en pecado el hombre está separado de Dios. Pero para cada persona existe la posibilidad de entrar en Su presencia. Lo que pasó durante la crucifixión de nuestro Señor es una realidad: El velo que separaba la entrada a la presencia de Dios se rompió. El camino hacia Dios está libre. (Lea Mt. 27:51; He. 6:17-20.)

La nueva relación con Dios, quien es nuestro Padre, y nosotros Sus hijos, es un regalo único. Más allá nuestra relación con el Señor es también la del propietario con la propiedad; porque Él nos ha comprado por gran precio, Él es nuestro “Redentor”. (Lea 1.Co. 6:20; Col. 1:13.14.) Pero Jesús no quiere basar nuestra relación con Él sobre una obediencia obligada, sino voluntaria. Él llama a Sus discípulos amigos, por los cuales entregó Su vida para

posibilitarnos esta íntima relación con el Padre y revelarles Sus propósitos. Sólo de esta manera pueden cumplir su tarea y llevar fruto para Dios (Jn. 15:13-17; lea Sal. 100:1-5).

Día 3

Mt. 6:6-13

“La verdadera relación incluye la conversación del uno con el otro. A esto se refiere Jesús al enseñarles a orar a Sus discípulos. Esto es mucho más importante que encuentros superficiales con nuestro Señor. En la oración se practica la comunión con Dios. Por eso la oración es el hablar del corazón con Dios. En lo más profundo, el orar es la conversación de amor. Por eso Jesús dice: “Entra en tu aposento y cierra la puerta.” El aposento, literalmente “el cuarto de más adentro”, es un lugar solitario y tiene una puerta con llave.

¿Tienes un lugar así? Alguien se preparó un lugar así en el sótano, otro en el altillo, porque es el único lugar donde nadie interrumpe. Por nada debe haber un teléfono en el aposento. Satanás intenta con todos los medios interferir en la conversación amorosa con el Padre. Por eso: ¡cierra la puerta, desconecta el teléfono! Lo que pasa en el aposento, tiene que ver solamente con nosotros dos, mi Señor y yo. La conversación de amor es totalmente sincera. Ahí también es el lugar para mi apertura y sinceridad al confesar mis pecados. Puedo hablar lo que me pesa y experimentar el gozo del perdón. Ahí hay plena confianza. Se habla todo entre mi Señor y yo, es el lugar donde me abro completamente a mi Señor y donde puedo escucharlo orando. La oración incluye también el escuchar, y la confidencia incluye el silencio. Orar también es callar atentamente. En el sentido literal, Jesús no tenía un aposento para sí, por eso se buscaba uno, “él se fue a un lugar solitario para orar.” Él también vivía de esta relación íntima con el Padre. De ahí recibía Su fuerza y autoridad espiritual” (H. Krimmer). (Lea 1.Cró. 16:11; 2.Cró. 7:14; Ef. 6:18.)

Día 4

Sal. 16:1-11; 62:8.9

2. La relación personal vive de la confianza. Si falta la confianza entre las personas, no se puede hablar de una relación real, es algo disimulado. Confiar en alguien significa: Puedo apoyarme en él y decirle cosas que no le digo a nadie más. Yo sé que él es bueno conmigo, aunque me dice cosas que quizá en el momento no entienda. La confianza entre personas también tiene sus límites. Pero en relación con nuestro Señor no hay límites. A Él puedo confiarle *todo*. Me puedo poner totalmente en Sus manos.

Como el poeta Felipe Spitta puedo decir: No quiero estar en ningún lado sino en Su mano. “Estoy en la mano de mi Señor y quiero permanecer allí.” Estar totalmente en Su mano, quiere decir también, conscientemente me entrego a Su dirección: “Lo que Él quiere hacer conmigo, lo acepto todo, me mantengo quieto en la fe, esperando Su bendición, pues lo que Él hace, siempre es bueno, y el que descansa en Él, está seguro en cualquier lado.” ¿De dónde tenía Spitta tal confianza? ¿Por qué una persona puede confiar totalmente en Jesús? Tenemos su promesa de Jn. 10:28. “La seguridad de mi fe es lo que Él ha prometido, que nada me puede arrebatar de Su mano poderosa. Lo que Él promete, lo cumple. Ésta es mi certeza y por eso le alabaré para siempre” (F. Spitta).

Nuevamente preguntamos: “¿Estás seguro, querido Felipe Spitta: “Lo que Él promete, lo cumple realmente?” Su respuesta: Yo lo sé, lo he experimentado: “Él es una roca, un refugio seguro, y milagros verán aquellos que se apoyan en Su Palabra y confían en Él. Él lo dijo,

entonces mi corazón se atreve a confiar sin temor ni dudas.” (es un himno eclesiástico) La Palabra de Dios es segura como ninguna otra cosa en este mundo. (Lea Sal. 84:12; Pr. 3:5.)

Día 5

Sal. 37:5

Un grupo de alpinistas se encontraba en una situación sin salida, se habían equivocado de dirección. Un poco más arriba en la montaña un pastor estaba cuidando sus ovejas. Él percibió la situación peligrosa de la gente, y saltando por piedras, espinas y cantos rodados, corrió para llegar lo más rápido posible al grupo, y se ofreció como guía. “¿Cómo sabemos que podemos confiar en ud.?” le preguntaron. “Con esto”, contestó y les mostró sus manos sangrientas y rodillas lastimadas, como resultado de la bajada. Esto era suficiente, los alpinistas confiaron en él y su salvador los guió de forma segura.

Hay personas que se encuentran justo en esta situación: ¿Con qué Dios me “confirma” que puedo confiar en Él? Él le muestra Sus heridas y le dice: “Con esto”. “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados” (Is. 53:5a; lea 1.P. 1:18.19).

Jesús dijo de sí mismo: “Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (Jn. 10:11). Jesús nos dio “la muestra” de que es totalmente digno de nuestra confianza. El Padre dio a Su único Hijo, y el Hijo se ofreció por amor a nosotros. Por eso podemos confiar en el Señor sin reservas. Y no podemos hacer nada mejor que confiar completamente en Él. Esto es necesario vez tras vez, especialmente en situaciones, donde no vemos ninguna salida. “Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará.” (Lea Sal. 91:14-16.)

Día 6

Sal. 23:1-6

El salmo pastoril de David expresa la confianza. ¿Por qué David confió en el único y singular pastor? Lo reconoceremos cuando miramos las acciones y actitudes del pastor. Esto también lo vemos en una poesía de Helmut Lamparter (1912-1991):

“El Señor es mi pastor, por más lejos se halla ido mi mente empecinada,
Él me ha buscado con preocupación y me encontró, soy suyo propio.

A verdes pastos me quiere guiar y a aguas frescas llevarme.

No tengo nada para quejarme, en problemas y angustias consuela y renueva mi alma.

Mi vida y mis anhelos se los di en Sus manos. A donde me llevaba,
siempre experimenté su gracia y su amor.

Y si se me perdió la luz entre las muchas luchas y grandes dificultades,
aunque sombras oscuras me encierran, no temo nada.

¿Qué tengo que temer? Tú vara y tu cayado están delante de mí.

¿Quién podrá dañarme?, si tú en tu gracia estás a favor mío.

Para mi jornada me das el alimento y una copa rebosada,

me llevas a la mesa servida, para que la santa cena me renueve.

Tu sangre y vida diste en la cruz y le diste al pecador lo que necesita,
a veces envuelto en cosas terrenales, lo que no vislumbra el ojo.

Misericordia y bondad me envuelven, en tu seno me siento seguro,
sí, para siempre es este mi destino bendito.”

La canción pastoril de David es actual, no perdió su valor. Pues en todos los tiempos los hombres buscan refugio y protección, sentido y propósito en su vida. Justo en el ejemplo del pastor, que cuida y protege su rebaño, demuestra claramente el cuidado de Dios hacia nosotros los necesitados. En este buen pastor se puede confiar sin reservas, ¡también hoy! (Lea Sal. 118:8; He. 10:35; Nah.1:7.)

Día 7

Mt. 6:9-13.19-34; Sal. 121:4

El Señor nos anima a pedir: “Nuestro pan de cada día dánoslo hoy.” “Esta petición en el “Padre nuestro” es una petición humilde, pues solamente niños viven recibiendo sin preguntar. Ellos no piensan que sus padres podrían descuidarlos, ellos toman simplemente lo que necesitan. Así entonces, con esta súplica, nos declaramos como hijos de nuestro Padre celestial. Esta petición se puede decir solamente con gran admiración. Nos asombramos, porque Dios da. “Nuestro pan de cada día”, con esto está dicho todo lo que se necesita para el diario vivir. En todo dependemos de las donaciones de Dios. Esta petición nos permite exponer ante Dios todos los detalles de nuestra vida. Es verdad: El Dios Todopoderoso se interesa por mi dolor de cabeza. Al Creador del cielo y de la tierra me puedo acercar con mis dificultades económicas. Dios, que está encima de todo, se manifestará también en mis problemas matrimoniales, si se lo pido. El Dios Todopoderoso es para nosotros el Padre cuidadoso en todos los detalles y nos quiere ayudar. Él quiere darnos, ayudarnos y ordenar justamente en nuestras necesidades diarias. No tenemos que temer que lo molestemos o que nuestras peticiones le parezcan inadecuados. Él quiere que le pidamos, pues por nuestras peticiones ve nuestra confianza.

Preocuparse es lo contrario de confianza. Porque Él quiere lo mejor para nosotros, habla claramente contra las preocupaciones. ¡Cuán faltos de confianza somos! El origen de la palabra preocupación en griego significa: “giros de cabeza”. Todas las preocupaciones son giros de cabeza innecesarios. Podemos confiar en el cuidado de nuestro Señor. Nuestro Padre celestial sabe lo que necesitamos. Su Espíritu no es espíritu de preocupación, sino Él es consolador” (H. Krimmer). (Lea Is. 41:10; Sal. 57:1.)

Día 8

Sal. 56:1-13

Podemos titular este Salmo de David: “Segura confianza en tiempo de gran aflicción”. Primero David describe su aflicción y después declara su decisión: “En Dios he confiado, no temeré.” Puede ser que una persona ya hace mucho tiempo descansó totalmente en la mano de su Señor y confió en Él en todas las cosas. Pero después vino la aflicción, porque se dio cuenta de que tenía su propia convicción de cómo actuaría el Señor y cómo no. Confiar en el Señor significa estar dispuesto a soltar las propias ideas y entregarse totalmente a Él. Es cierto, le puedo decir mis anhelos, pero ¿puedo aceptar también un “No” de parte de Dios? “No quiero aferrarme a mis deseos, sino confiar sólo en ti”, dice Gerhard Schnitter en una de sus canciones.

En una relación de confianza puedo estar seguro. Esta seguridad la podemos tener junto a nuestro Señor, aunque nos puedan tocar circunstancias, que no entendamos. Así le pasó al cantor Asaf. Él se decidió nueva y firmemente a confiar en Dios, aunque se sentía sacudido e inseguro en su fe. En el santuario, en la íntima comunión con Dios, Asaf recibió

una nueva perspectiva: ¿Cómo se ve la vida de los impíos desde su final? Esta es la cuestión importante. ¿A dónde voy cuando debo dejar esta tierra? Si he vivido mi vida sin una relación personal con Dios, ¿qué pasará? Asaf tomó una nueva decisión: "... con todo, yo siempre estuve contigo ... después me recibirás en gloria ... la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre." (Lea Sal. 73:1-28.)

Día 9

Sal. 37:18; 55:22

3. *En una relación personal el uno se preocupa por el otro.* En un comentario acerca de la vida de David leemos: "En las muchas dificultades David siempre iba por el mismo camino. Él se apresuraba acercándose a Dios, con todo lo que no sabía, para conseguir luz y guía, también cuando cierto día le dijeron que los filisteos habían invadido el país. David fue con esta noticia amenazante a su Señor. Era un desafío para su confianza. Él llevaba todo delante del Señor. David tenía una relación personal con Dios y sabía que siempre podía llegar a Él." "Mi corazón ha dicho de ti: >Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, oh Jehová<" (Sal. 27:8).

Muchas noticias amenazantes y difíciles nos alcanzan cada día. Lo que David sabía también lo sabemos nosotros: aunque el trono de Dios está en el cielo, Él es mi Señor y está muy cerca de mí. "Cercano está Jehová a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras" (Sal. 145:18). Por eso tenemos en todas las circunstancias la posibilidad de acercarnos al Señor, de decirle todo, quejarnos delante de Él y preguntarle. Los creyentes pueden acercarse en cualquier momento a aquel que está en el trono y gobierna. Este trono es el "trono de gracia". Tenemos entrada libre: "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (Lea He. 4:15.16).

Por más que nos sintamos indefensos, miserable y sin salida, la relación hacia arriba existe siempre. Por nuestras oraciones la vida diaria tiene otro carácter. (Lea He. 2:17.18; Sal. 28:7; 34:4-8.)

Día 10

Lc. 8:15; Pr. 15:31

La conversación con nuestro Señor santifica nuestra vida diaria. Le puedo decir en cualquier circunstancia a mi Señor: Señor, tú conoces mi situación, muéstrame lo que debo hacer ahora. Todavía estamos con la tercera característica: En la relación personal el uno se preocupa por el otro.

Tenemos entrada libre al Señor. Él siempre está a favor nuestro. Pero, ¿le damos también entrada a Él, en cualquier momento? Dios desea tener comunión con nosotros, porque nos ama. Él busca a personas que tienen oído abierto para Sus deseos. ¿Estamos dispuestos y despiertos para el hablar del Señor? El joven Samuel escuchó la voz de Dios en la noche y dijo: "Habla, Señor, pues tu siervo oye" (1.S. 3:1-14). El escuchar la voz de Dios, desde este momento, era parte de la vida de Samuel. Cierta día Dios le dijo que le hablara a Saúl, el futuro rey de Israel: "... mas espera tú un poco para que te declare la palabra de Dios" (1.S. 9:27b). Esto era decisivo para el joven rey, quien, a pesar de su poca experiencia, fue llamado a gran responsabilidad para su pueblo.

También nosotros podemos contar con el hablar de Dios, cuando tenemos tareas por delante que nos parecen demasiado grandes. Pero para cada encargo Dios mismo se da a nosotros haciéndonos escuchar Su voz. ¿Cómo será nuestra disposición? ¿Nos tomamos regularmente tiempo para encontrarnos con el Señor? Quizás por las mañanas no nos sentimos muy bien y no saltamos con alegría fuera de la cama con expectación a lo que Dios nos hablará. Pero es muy importante que haya este tiempo durante el día, cuando nos aquietemos y pongamos nuestro corazón receptivo, abriendo Su Palabra. (Lea Sal. 95:7; 143:8.)

Día 11

Jn. 8:30-36; 2.Co. 3:17

4. *En una relación personal uno quiere hacerle bien al otro y darle alegría.* ¿Es posible que nosotros, personas pequeñas y falibles, podamos dar gozo al Señor, grande y santo? En primer lugar veremos que el Señor nos otorga a *nosotros* sus beneficios. En el Salmo 105 nos dice: “Sacó a su pueblo con gozo” (v. 43). Con gozo liberó el Señor a Su pueblo de la esclavitud en Egipto. Le da alegría cuando le puede regalar libertad a la gente. Esto es Su deseo del corazón hasta hoy en día. No se refiere sólo a la libertad externa. Podemos ser prisioneros aún teniendo libertad exterior: falta de amor, impaciencia, rencor y egoísmo, crítica y la lucha por tener la razón pueden ser las razones de prisión. Pero no debemos seguir siendo prisioneros. En el cielo hay mucha alegría acerca de una persona que regrese hacia Dios. Quizás ya hace tiempo se festejaba nuestro retorno, cuando llegamos a ser hijos de Dios. ¿Podemos brindarle el gozo al Señor una segunda vez? El nuevo nacimiento no se puede repetir, esto es único. Pero podemos darle gozo a Dios al vivir cada día como personas liberadas. “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gá. 5:1; lea Gá. 5:13; 1.Co. 7:22; 1.P. 2:16).

Cristo consumó la obra redentora para que podamos vivir como redimidos. De la esclavitud del pecado hemos sido liberados. ¿Vivimos como liberados? ¿Le permitimos al Señor que nos muestre lo que nos esclaviza aun? Necesitamos vez tras vez regresar de caminos equivocados y dirigirnos a Él. Al Señor le da alegría si vivimos nuestros días libres de dependencias humanas, pero con fuerte compromiso hacia Él. (Lea Lc. 4:18; Ro. 6:18.22; 8:2.)

Día 12

Mt. 25:14-30

¿Con qué podemos alegrar a nuestro Señor? En la parábola se nos dice de un señor que entregó a sus empleados sus bienes, antes de salir de viaje al exterior. De forma muy diferente los empleados trataron lo que les fue confiado. A dos de ellos les importó muchísimo poder negociar de la mejor forma con los bienes para que traigan buenos resultados. En su regreso el propietario los elogió como buenos y fieles siervos, a los que confiará aún mucho más. “Has sido fiel sobre poco, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.” Así también Dios se alegra por la fidelidad de los Suyos. En la parábola los dos empleados pusieron todo su conocimiento y el empeño en su tarea. Así le demostraron a su señor fidelidad continua hasta su regreso. Como los dones entregados eran diferentes, el señor en su regreso esperaba distintos logros, de acuerdo a cómo cada uno había trabajado con su don. “No es suficiente esperar el regreso del Señor, sino que el creyente debe

aprovechar el tiempo de la vida terrenal, y emplear y trabajar con los dones recibidos” (F. Rienecker).

También nosotros hemos recibido mucho de nuestro Dios. Hemos recibido distintos dones naturales. Al entrar en el discipulado del Señor, hemos recibido aún más dones y responsabilidades. ¿Empleamos lo otorgado a favor de nuestro Señor y para que otros sean bendecidos? Él espera nuestra fidelidad, aunque no sea visto por los demás. “Cada creyente renacido recibió junto con todas las tareas una muy especial y principal. Todo lo que Dios nos dio y nos manda, nuestras capacidades y dificultades, deben servir a un sólo propósito: que lleguemos a ser semejantes a Él. Si queremos de todo corazón lo que el Señor quiere, entonces seremos fieles y una alegría para Él” (F. Rienecker). (Comp. Lc. 6:35; 1.Co. 9:25; 1.P. 5:4; Ap. 2:10; 3:11.)

Día 13

Gn. 2:9; 3:22

“Dios solo es suficiente; Él pone el límite. En el paraíso Dios le dio al hombre su lugar y al mismo tiempo limitó dos esferas de su uso: el árbol del conocimiento del bien y del mal y después que Adán y Eva hubieron comido de su fruto, también el árbol de la vida. Después de la caída en pecado, Dios puso el límite para el hombre con diez postes marcados: Los diez santos mandamientos. Dios indicó claramente el lugar de vida para el hombre. Pero cuando el hombre traspasa el lugar limitado, cae en pecado. El pecado es transgresión, cruzar el límite. Todas las demás criaturas de Dios pueden ir sólo hasta su límite determinado. Solamente el hombre puede pasar el límite. Aquel que acepta voluntariamente su lugar puesto por Dios, dentro de estos límites goza de libertad. Entre este marco todo es santo y bueno. El hombre puede resistir aún a la más poderosa inclinación, reconociendo que >Dios es suficiente<, cuando esté decidido a aceptar los límites determinados por Dios” (H. Bräumer). (Lea Gn. 39:7-10; Jos. 7:10; Job 31:1; Pr. 4:25-27; Ef. 5:15.)

Entonces, ¿de qué se alegra Dios? Él se alegra, si Él es suficiente para nosotros y si le dejamos determinar la medida. Dios se alegra si ocupamos el lugar puesto por Él. “El hombre debe ocupar y formar el lugar determinado para él, con toda responsabilidad, con su pensar y actuar. En el paraíso los hombres tenían la tarea de: gobernar, trabajar, cuidar (Gn. 1:28; 2:15). Al creyente no se le permite retenerse en un rincón de piedad privada. Él no determina la medida, sino que Dios es la medida. Dios es suficiente y Su mandato es: Anda delante de mí y sé íntegro” (H. Bräumer). (Lea Gn. 5:22; 6:9; 17:1.)